

“JESUCRISTO, CAMINO, LUZ Y META DEL PROCESO CUARESMAL”

CITeS - RETIRO DE CUARESMA 2011

AMBIENTACIÓN

El título que hemos elegido este año para nuestro retiro de Cuaresma es sumamente rico e iluminador. Normalmente al hablar de la Cuaresma nos referimos a un tiempo con un carácter fuertemente penitencial, que se inspira en esos 40 días pasados por Jesús en el desierto antes de comenzar su vida pública.

Pero, en realidad, son los casi 3 años de actividad pública lo que verdaderamente le sirve a Cristo de preparación para vivir su misterio pascual.

Y si algo caracteriza ese tiempo es su estar siempre en camino. Recorrió los caminos de Israel, se manchó de su polvo y de su barro, se sometió a las inclemencias del tiempo, y sufrió los riesgos del aventurero. Pero su afán no fue el caminar, sino el entrar en el camino de las gentes, para ayudarles a encontrar la verdadera vía, para ser luz que alumbraba en las tinieblas, para ser él mismo el camino y la meta de todos los desorientados.

Y este tiempo de Cuaresma debería ser una oportunidad, como la que Dios nos ofrece cada día, para reencontrarnos con ese Cristo: en el camino de nuestra vida, en los momentos en que nos asalta la sed, cuando ya no tenemos luz y nuestros ojos están cerrados...

Pero encontrarle a él implica un modo nuevo y diferente de vivir. Los personajes con los que él se encontró nos lo dicen: la samaritana anuncia a sus conciudadanos la presencia del Mesías, ese Mesías que se convierte él mismo en el “buen samaritano”, que se detiene a ayudar a cuantos encuentra en su camino, a los que están sedientos, a los que no ven...

¿Qué es, entonces la Cuaresma? ¿Cuál es nuestra mejor preparación para vivir la Pascua? ¿Ayunos, oraciones, penitencias? ¿O poner los ojos en él: dejarnos iluminar con su presencia y dejarnos encontrar por él? Somos invitados todos a acercarnos al pozo de nuestra sed insaciable para encontrarle a él: somos invitados a reconocer nuestra ceguera y gritarle a su paso por el camino para que él nos abra los ojos; somos invitados a seguirle y a vivir como él, imitando el ejemplo del “buen samaritano”.

Siempre –los humanos- terminamos queriéndolo controlar todo, hasta el seguimiento de Cristo y la búsqueda de Dios. Pero ha llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores del Padre lo serán en espíritu y verdad. Es el anuncio liberador de Cristo a la samaritana y a todos nosotros. Sigue siendo Él el único capaz de abrirnos los ojos, de ser nuestra luz, de ser quién nos impulse a ayudar a nuestro prójimo.

REFLEXIÓN 1ª:

EL ICONO DE LA SAMARITANA: Jesucristo en el camino de nuestra “cuaresma”

(Iniciamos con la audición-visión del episodio narrado de la Samaritana – Jn 4)

De todos es de sobra conocido el texto evangélico de la Samaritana (Jn 4). Un texto sumamente sugerente y confeccionado con gran inteligencia por el evangelista San Juan. Sabemos que se trata de un diálogo ejemplarmente pedagógico, a través del cual Jesús pretende guiar a la samaritana al reconocimiento de su verdad y de la grandeza del Dios que se le está regalando y que ella aún es incapaz de ver.

Este diálogo ha servido, también, de inspiración a tantos hombres y mujeres seguidores de Cristo, aunque quizás destacan con más fuerza las mujeres que han sabido empatizar mejor con cuanto la Samaritana estaba viviendo. Podríamos mencionar a Teresa de Jesús y a la Madre Teresa de Calcuta. Para nuestra Santa la petición de la Samaritana, así como ese situarse en la escena del pozo, fueron una oración recurrente: “Señor, dame de esa agua”.

En nuestros tiempos tenemos el claro ejemplo de la Madre Teresa de Calcuta, que al igual que Teresa de Lisieux, descubre en la doble petición de agua (la de Jesús a la Samaritana, y la de la Samaritana a Jesús) el motivo y razón de ser de su vida y servicio a los más pobres, y de su entrega a la oración: camino para comenzar a escuchar en el corazón esa petición de Jesús de que tiene sed...

Podríamos citar otros muchos ejemplos que podrían, sin duda, ayudarnos mucho en nuestra reflexión. Ya el simple gesto de leer pausadamente el texto y colocarnos una vez (o más) en el lugar de la Samaritana, y otra vez en el lugar de Jesús, nos ofrecería tantas conclusiones para nuestra vida de relación con Él, y nuestra tarea de cómo acompañar a los otros en el descubrimiento de Dios.

Desde ambas perspectivas he querido situarme para llevar a cabo esta reflexión. Que cada uno se aproveche de lo que mejor le venga... Pero siempre estará ahí el Jesús que no se cansará de esperarnos en el pozo.

1. Jesús en su camino se acerca a la Samaritana (se acerca a mí)

Es sumamente significativo, desde la perspectiva desde la cual nos acercamos a este texto, constatar que JESUS CAMINO, precisamente hace un alto en su camino en tierras de Samaría, junto al pozo de Jacob. La escena que se desarrollará en este lugar no es algo casual, sino algo buscado intencionadamente por Jesús. Y no se detiene en cualquier tierra, sino en un lugar considerado como tierra de “paganos”, de impuros,... es

decir, un lugar a evitar, o a pasar lo más rápidamente posible. Ya este solo gesto nos habla mucho de Jesús: un hombre que no se deja condicionar por categorías –ni humanas, ni religiosas-, y que –como se subrayará después- está solo interesado en la “persona”... y por ella renuncia absolutamente a todo. Sin duda, una actitud que debe hacernos mucho pensar, especialmente a los que nos designamos a nosotros mismos como religiosos, cristianos, católicos (es decir, los puros, los santos, los salvados.... frente al resto...)

Hoy en día, no hay que ir demasiado lejos para encontrarnos con tantos “samaritanos” considerados perdidos, maldecidos, condenados... -claro, desde el punto de vista de los fieles a la Iglesia-... ¡Cuántos comentarios de desprecio hay en nuestros ambientes contra el laicismo, los ateos, los musulmanes,... en definitiva, contra los que no piensan como nosotros! Quizás, sin querer, pero de hecho se crea esa mentalidad de separación.

Subrayo esta realidad porque hace aún más actual el episodio que estamos reflexionando, y que nos ayuda a descubrir que el camino de Jesús sigue pasando por Samaría, y por lo tanto, también el nuestro. Nos toca abajarnos al lenguaje y a la realidad del mundo –sin condenarla- para poder iluminarla, tal como vemos que hace Jesús con la Samaritana y con cada uno de nosotros (¡por desgracia, hoy condenamos antes de comenzar a dialogar o a tratar de comprender!)

2. -El Icono de la Samaritana reproduce muy bien la pedagogía que Jesús lleva con cada uno de nosotros si nos acercamos al pozo

Ya hemos dicho que Jesús se para en una tierra no grata a los judíos. Pero el lugar concreto tiene aún una fuerza simbólica mayor. Se habla del pozo de Jacob, es decir de un lugar que –a pesar de todo- está ligado a la Historia de la Salvación, y a uno de los personajes importantes. El hecho de tratarse de un pozo, significa que es, además, un lugar al que acuden todos los que tienen sed. Y el agua es, un bien necesario y precioso.

El lugar donde Jesús “espera” está marcado por esos dos elementos que reúnen en un mismo símbolo (el pozo) las dos esferas complementarias de la vida del hombre: el agua que sacia la sed del cuerpo, y la salvación o elección divina, que sacia la sed del alma. El lugar ya es una instigación contra el dualismo.

Jesús se planta en ese punto o eje cardinal del camino. Su intención no es solo la de descansar, sino la de poder ofrecer el agua verdadera que puede saciar la sed en el camino de la vida.

Sería muy importante que cada uno identificase cuál es ese “pozo” donde se dirige para sacar el agua que –al menos momentáneamente- pueda saciar su sed.

-La Persona escogida, también lleva una carga simbólica profunda: una mujer samaritana (en cuanto samaritana “excluida” del pueblo Elegido – y en cuanto mujer despreciada por la sociedad – y desconocedora de su propia dignidad y sed). El reto de Jesús aquí será triple y, por lo tanto, más complicado: rescatar a la persona en esa triple dimensión relacional que la constituye en relación con los otros, consigo misma y con Dios. Y todo el diálogo parece seguir esa pauta: la llevará a ir superando esa triple barrera que dificulta el encuentro y la apertura a la verdad.

Cualquiera puede llegar a identificarse con esta mujer. Hay muchos elementos que, en el fondo, nos tocan a todos: sentirnos excluidos por algo, no aceptar nuestra historia, nuestra búsqueda continua de satisfacciones, nuestro permanecer encerrados en conceptos sobre Dios, o en tradiciones, normas, costumbres.... (el otro es siempre el “enemigo”, el diferente), nuestra sed profunda, muchas veces no reconocida,... nuestra búsqueda de intereses (incluso cara a Dios), nuestra búsqueda de seguridades, miedos, etc....

3.- En el camino Jesús nos va enseñando a confrontarnos con nuestra verdad (el camino que hace Jesús con la Samaritana)

a. ACTITUD DE JESUS: (LO QUE JESÚS ME OFRECE EN EL CAMINO)

Centrar la mirada en el modo de actuar y comportarse Jesús con la Samaritana, también puede servirnos como ayuda para identificar en qué manera Jesús se está dirigiendo a mí, o qué aspectos de mi vida quiere iluminar.

-En el episodio descubrimos a Jesús que busca las condiciones ideales para que el diálogo con la samaritana pueda dar fruto: así la condición necesaria parece ser la **intimidad personal**, el cara a cara, sin público. (ya Jesús se había encargado de mandar a sus discípulos que se fueran). Aquí podemos también plantearnos lo que Teresa de Jesús nos enseña: que ese espacio de intimidad que Jesús nos ofrece está en nuestro interior, en la oración.

-Es Jesús es que toma la iniciativa, el que se humilla y abaja: “Dame de beber”. Jesús quiere hacer que el otro se sienta protagonista, necesario, imprescindible. Ese “dame de beber” que conlleva, además, un recordar a la persona su llamada a participar como imagen de Dios en la marcha de la creación. Será, también, el grito de Jesús en la Cruz: “Tengo sed”... Ahora queda saber si la Samaritana y cada uno de nosotros escuchamos esa voz y estamos dispuestos a responderla.

-Jesús quiere ir al fondo de la cuestión. En el fondo no le interesa quedarse en una realidad material, por muy imprescindible que sea (agua), sino que quiere adentrarse en otro espacio, en otro pozo, en otro agua. Su verdadero interés es que la Samaritana descubra y conozca quién es Él y cuál es el don de Dios que se le está ofreciendo.

-Frente a la ceguera de la Samaritana, Jesús demuestra paciencia; y le ofrece una ulterior explicación: no razonamiento, sino constatación de la diferencia entre lo material (el agua que da sed) y lo espiritual (el agua que se convierte en fuente)

-Frente a la petición interesada de la Samaritana (dame de esa agua) (¡una fe basada en el interés y beneficio personal!), Jesús la lleva hacia algo mucho más importante para su vida (¡el primer gran milagro!): que la Samaritana reconozca su verdad, es decir, que reconozca su vida sedienta: una búsqueda nunca saciada.... El habla de la sed de la vida. Y solo reconociendo su sed “esencial y existencial” es capaz de abrirse a lo que Jesús le está ofreciendo. (a lo que Jesús me está ofreciendo)

b. ACTITUD DE LA SAMARITANA: (NUESTRA ACTITUD)

Acercarnos a la actitud concreta de la Samaritana nos puede ayudar también a descubrir cual puede ser nuestra actitud en la relación con Jesús, con Dios.

-Frente a la “humildad” de Jesús, la Samaritana manifiesta desconfianza; quizás porque se siente descolocada: “¿como?, o porque no puede aceptar que las cosas no son como tienen que ser... (o que Dios se salga de su imagen, y actúe de forma “arbitraria”).

-Frente a la pretensión de Jesús de analizar el tema en profundidad, la Samaritana insiste en mantenerse en lo material y superficial (en lo que ella puede dominar y controlar)... En la auto-justificación con la norma o la tradición (“¿Eres tú más que nuestro padre Jacob...?”)

-Sabido lo que está en juego (el agua que quita la sed para siempre) la samaritana lo quiere, pero lo sigue interpretando en clave materialista, y su petición es todavía interesada. No es aún una respuesta de fe, sino de búsqueda de sí misma, de seguir saciando sus necesidades inmediatas y de sus intereses. La mujer aún no es capaz de aceptar su verdad. (Aquí emerge, en cierto sentido, su espíritu y talante religioso: una religiosidad interesada????)

-Cuando mira a su vida presente y pasada, gracias a la intervención de Jesús, reconoce lo que ha sido su vida: una vida en el fondo llena de una sed nunca saciada. Por eso este reconocimiento de su “sed existencial” la lleva – es ahora ella la que cambia de tema- a otra pregunta que señala su no conseguida búsqueda de Dios..... “dónde adorar a Dios”. Es decir, ahora sabe que tiene una sed infinita, pero no sabe cómo saciarla.

4. -En el camino Jesús nos va confrontando a enfrentarnos a la verdad del Padre:

a. LA ACTITUD DE JESUS:

En el icono de la Samaritana Jesús parece dejar claras sus intenciones:

-Descubrir cuál es la sed verdadera de la persona, su necesidad principal. Este descubrimiento pasa necesariamente por el reconocimiento de la propia verdad.

-En el proyecto de Jesús de revelarnos al Padre, y de mostrarnos el nuevo camino, Él realiza una revolución total de lo que significa el culto y la religión. Los verdaderos adoradores serán en espíritu y verdad.

b. EL CAMBIO EN LA SAMARITANA

A lo largo de todo el diálogo vamos asistiendo a un cambio y transformación cualitativa en la Samaritana (Cristo hace emerger lo bueno y grande que hay en ella, y que ella misma desconocía):

- Solo aceptando su verdad y su sed, se plantea la verdad de Dios. Una verdad, sin embargo, que necesita hacer su camino: de la instrumentalización de Dios, de lugares, de tradiciones (un Dios que separa---lugares diferentes de adoración)....

- El reconocer a Dios la lleva a plantearse quién es su Enviado. Ya está preparada para acoger y reconocer a Jesús, que le revelará el verdadero rostro del Padre.

-Este encuentro con la verdad produce su efecto en la mujer: deja el cántaro (la hace libre) y va a anunciar a su pueblo quién es Jesús (se convierte en testigo y apostol).

-Es el testimonio de la mujer el que suscita la fe... pero esa fe también tiene que crecer y asentarse no en lo que dice la mujer sino en Jesús mismo.

CONCLUSIÓN: PARA MI CUARESMA DE LA VIDA (puntos de reflexión)

-Tú eres el samaritano, la samaritana, a quien Jesús está esperando en el pozo

-Sin duda alguna, Jesús ha desviado su camino para acercarse también a ese “pozo” donde tú te acercas a buscar agua.

-Sería muy importante que cada uno identificase cuál es ese “pozo” (sus debilidades, gustos, placeres, insatisfacciones,...) donde se dirige para sacar el agua que –al menos momentáneamente- pueda saciar su sed.

-Me invita a traer mi verdad, lo que sacia esa sed, mis esclavitudes o pequeños dioses: amantes, ordenadores, dinero, placeres, ¿Sacia realmente mi sed?

-Reconociendo la “sed insaciada” puedo abrirme a descubrir a un Dios que se me da como Padre, en espíritu y verdad

-Quién es Dios para mí? ¿Cómo me relaciono con Él? ¿En gratuidad o en búsqueda de algún interés?

-Tú eres ese “Jesús” que se compromete a dar de beber a todos los que tienen sed.

EL ICONO DE LA SAMARITANA:

Jesucristo en el camino
de nuestra “cuaresma”



1. Jesús en su camino se acerca a Samaría (se acerca a mí)

- JESUS hace un alto en su camino en tierras de Samaría, junto al pozo de Jacob. Ya este solo gesto nos habla mucho de Jesús: un hombre que no se deja condicionar, y que está solo interesado en la “persona”.
- El camino de Jesús sigue pasando por Samaría, y por lo tanto, también el nuestro.



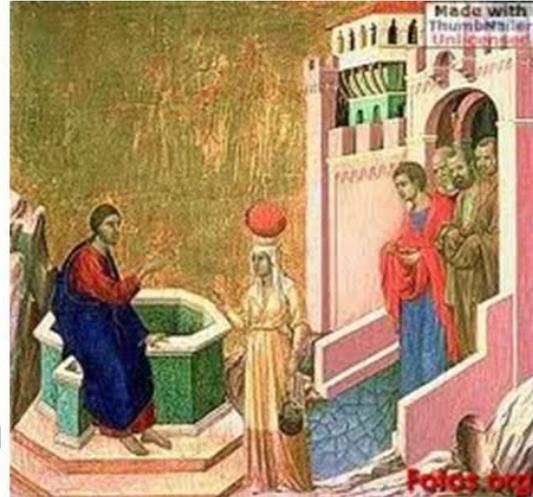
La pedagogía de Jesús:

- **El Lugar:** (nos espera en medio de nuestras necesidades)
- **La Persona escogida**
- **El reto de Jesús:** rescatar a la persona en esa triple dimensión relacional que la constituye

3.- Jesús introduce a la Samaritana en su camino: vivir en verdad

ACTITUD DE JESUS: (LO QUE JESÚS ME OFRECE EN EL CAMINO)

- la intimidad personal.
- Jesús toma la iniciativa
- Jesús quiere darme otra agua.
- Paciencia y ulterior explicación
- Jesús la lleva a aceptar su verdad



ACTITUD DE LA SAMARITANA: (NUESTRA ACTITUD)



- Frente a la “humildad” de Jesús, la desconfianza
- Su insistencia en mantenerse en lo material
- Desea esa agua de Jesús
- Reconoce lo que ha sido su vida

4. -En el camino Jesús nos va confrontando a enfrentarnos a la verdad del Padre:

LA ACTITUD DE JESUS:

- Descubrir cuál es la sed verdadera de la persona
- Cambio de religiosidad y de culto: en espíritu y verdad

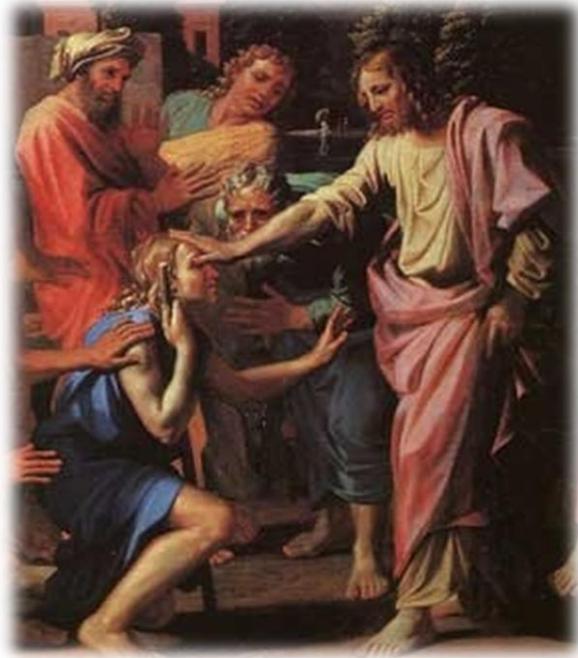


EL CAMBIO EN LA SAMARITANA



- Aceptando su verdad, se plantea la verdad de Dios.
- Reconoce a su Enviado.
- Deja el cántaro
- Anunciar a su pueblo quién es Jesús.
- Es el testimonio de la mujer el que suscita la fe...

EL CIEGO DE NACIMIENTO



Este milagro, o signo, como llama Juan a los milagros de Jesús en su evangelio, se realiza dentro de un contexto muy especial. Hay una mentalidad de pecado, en la que se mueve todo Israel, incluso sus discípulos: Todo aquello que sea enfermedad o defecto es signo de pecado. Esto porque hay también una concepción de Dios muy particular, “Dios todo lo hizo bueno”, y así, lo que salga de esa bondad de Dios, es consecuencia del pecado.

En esta mentalidad se mueven incluso los discípulos de Jesús: *“Maestro, ¿Quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?”*. Esta mentalidad, es como una gruesa pared que no deja ver que Dios también actúa o se descubre en lo que “no aparece bueno o sano”.

La experiencia que tiene Jesús de su Padre es diferente, y responde a partir de ella: *“Ni él ni sus padres han pecado, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios”*. Es como si dijera que incluso la oscuridad es ocasión para que la luz llegue, brille e ilumine a las personas. Como si pidiera no rechazar nada; en cada cosa hay bondad, sobre todo en una persona. Como nos decía en su conferencia el P. Javier, Jesús mira sobre todo la persona, sea una samaritana o un ciego repudiado por su enfermedad, signo de su pecado. Él quiere salvar a la persona y hará todo lo posible para reconstruir la imagen y semejanza que hay en la persona y que puede estar dañada.

2. Una nueva creación: El encuentro que provoca la transformación

Es eso lo que hará con el ciego. Jesús usa el barro, como un signo de recreación. Como si tomara en sus manos la vida del ciego y lo moldeara una vez más. **Hay una nueva creación.** Cuando Jesús actúa en la persona y toca su corazón siempre hay una recreación en ella. Lo vuelve a hacer, como el Génesis, con el barro en sus manos. Por eso Pablo dirá que los que han creído en Cristo “nuevas criaturas son”. Pero en esta recreación, a diferencia de la primera, el hombre tiene un papel, una responsabilidad. Es decir, en **la nueva creación entra la libertad humana.** Por eso el ciego debe ir a lavarse a la piscina de Siloé, con todo lo que ello implica. Además si nos ubicamos en la escena, después que Jesús responde la pregunta de los discípulos y se afirma como LUZ, no aparece nadie más que el **ciego y él**; los demás personajes desaparecen del entorno. Están ellos dos, solos. El evangelista nos dice con ello, que la **nueva creación** siempre se da por un encuentro personal, entre Jesús y cada uno de nosotros.

Cada uno es partícipe de su “**segunda creación**”, aunque a veces no tengamos plena conciencia de ello. El ciego no sabía que Jesús lo está curando. Quizás, hasta protesta, como se ve en algunas películas... le duele, sufre. La segunda creación tiene consigo esos elementos. Tal vez por eso en ocasiones nos cuesta dar el paso y dejarnos hacer nuevamente por las manos del Señor. Puede producirse el dolor; cambiar, romper estructuras, formas de pensar y ver la vida... no es fácil, hay dolor y sufrimiento.

Sin embargo parece que nuestro amigo el ciego acepta esta nueva creación, y recibe unos ojos nuevos, porque los anteriores no le permitían ver nada, no conocía nada. Pero la novedad que recibe no se reduce a los ojos. Él aparece como una persona completamente distinta. Cuando Jesús lo ve es una persona totalmente pasiva, está sentado, pero poco a poco, conforme vaya desarrollándose la trama del texto, irá cobrando gran protagonismo.

Esa novedad que vive el ciego de nacimiento, se expresa claramente en todas sus acciones, desde el principio. Al volver con vista, después de lavarse en Siloé, el que había sido ciego encuentra a sus vecinos y conocidos, y los que lo ven dudan si realmente es él quien pasaba el tiempo sentado, pidiendo limosna. ¿Tanto ha cambiado? Si sólo fue curado de la ceguera, ¿por qué no lo reconocen?

El ex ciego ya es otra persona. El encuentro con Jesús siempre cambia la vida, ahora él puede ver, y no sólo lo aparente, sino en profundidad. Yo me imagino a un hombre gozoso; nunca ha visto ni la luz ni los colores, siempre ha vivido en oscuridad... y ahora puede ver. Es el paso de las tinieblas a la luz, lo que cambia a la persona. Hay razón para estar alegre. Le preguntan cómo sucedió, él lo narra: “**Ese hombre que llaman Jesús**”. No conoce a Jesús, es un desconocido, lejano... otros lo llaman Jesús. Pero “yo aún no me he apropiado ni de su nombre”. Jesús no significa gran cosa para él.

3. El juicio y la condena: ¿juizado por ver?

Pero la curación causa alegría al ciego y asombro a los vecinos y conocidos, a otros, a las autoridades judías, les causa temor. Nos encontramos con una gran ironía, lo que debería ser alegría, la curación de una persona, es causa de conflicto y de acusación. Aunque

quizás tengan razón; este hombre ha empezado a ver, y en una sociedad de ciegos, eso un peligro.

Hoy también, los profetas y visionarios son peligrosos. Esta gente puede ver lo profundo de los corazones, y esto, en un mundo revestido de falsedad, no conviene.

Y así, por el peligro que implica la visión del que era ciego, éste es llevado a la presencia de los fariseos, que aparecen como la instancia legal, como los jueces de la religión. Y es que, además, para mal de todos, el ciego fue curado en sábado, un día en que no se puede quitar la mirada de Dios. Lo demás no es importante para ellos.

El ciego es interrogado por los fariseos, y su respuesta es contundente: “Me puso barro en los ojos y ahora veo”. Ante esta actitud los fariseos son de opiniones diversas. La persona de Jesús y su obra hacen vacilar la seguridad de los fariseos. Y es que ante Jesús se da necesariamente una definición; nadie puede ser indiferente ante su persona, o se está a su favor o en contra de él.

Y los fariseos le preguntan, “¿Y tú qué dices de él?”. Parece que quieren quitarse la responsabilidad de dar un veredicto... El ciego responde ahora con mayor seguridad “**Es un profeta**”. Su respuesta no es fruto de lo que han dicho otros... es una respuesta personal, que surge desde una convicción. Ahora sabe que Jesús es un profeta... pero aún le falta recorrer un gran tramo. Ha avanzado en el camino de la fe y ahora, su misma vida, su experiencia, le da mayor capacidad para reconocer a la persona de Jesús. Es como si la Palabra nos enseñara que es en la vida donde aprendemos procesualmente a reconocer a Jesús. Poco a poco, con las experiencias de cada día, vamos aprendiendo a dar una respuesta personal a lo que él es para nosotros. Lo llamativo es que ese proceso de conocimiento de Dios se da en un contexto de conflicto, de oposición,... como si el texto nos dijera que es allí, en la dificultad donde podemos crecer y conocer a Jesús, aunque aparentemente esté ausente.

Pero a los judíos no les satisface esa respuesta. Pareciera que quieren negar lo evidente. Tapar el sol con un dedo y adecuar la verdad a sus criterios y forma de ver. No aceptan que Dios también se puede manifestar fuera de sus esquemas. Creen que saben mucho de Él... piensan que lo dominan y manejan a su antojo. Eso también puede pasarnos cuando no nos dejamos interpelar por la novedad de un Dios que sigue manifestándose de formas vivas y actuales, cuando creemos que Dios se queda sólo en el templo o en nuestras celebraciones y no lo podemos encontrar en la vida de cada día.

Los principios en los que apoya su doctrina se tambalean ante lo sucedido, y llaman a los padres con la oculta esperanza de que el hecho sea un fraude. Los padres responden a las preguntas afirmativamente, pero no saben cómo recuperó la vista. Pero además el texto nos dice que hay una amenaza para quien reconozca a Jesús como enviado de Dios: quien lo haga será arrojado de la sinagoga. **TODOS ESTAN DOMINADOS POR EL MIEDO**. Esto implica dos cosas, por una parte, que los dirigentes creen que tiene la autoridad para decidir quién tiene acceso a Dios y quién no, y todo según sus criterios, olvidando que “*Dios es espíritu y los verdaderos adoradores le adorarán en Espíritu y en verdad*”. Y por otra parte, implica que las personas quedan excomulgadas de la vida de fe y de la comunidad. Para ellos estar fuera de la institución es estar privado del acceso a Dios... no podrían vivir así... por eso los padres del ciego dan una respuesta prudentemente evasiva...

La realidad de la curación es indiscutible. Y ante esto, los fariseos han unidos fuerzas. En realidad, no les importa conocer la verdad, sino desautorizar a Jesús, ponerlo en ridículo... *"Llamaron por segunda vez al que había sido ciego"*. Y, apelando a su propia autoridad - *"nosotros sabemos"*-, pretenden que reconozca como verdadero el juicio que ellos hacen de Jesús. Es una coacción. Quieren imponerle la idea que tienen de Dios, pisoteando la experiencia del hombre. Se atreven a negar lo evidente por defender sus posturas. Y esto en nombre de Dios.

El interrogado no accede a las pretensiones de los judíos. No puede negar su experiencia: *"Si es pecador no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo"*. No puede negar lo evidente. Insisten.

Ante tanta terquedad, el que fue ciego usa la ironía y les pregunta: *"¿También vosotros queréis haceros discípulos suyos?"*. Los fariseos advierten bien el sarcasmo, y responden con insultos; ellos son *"discípulos de Moisés"*. Su ceguera y separación de Jesús va en aumento.

Amparados en la ley se empeñan en encasillar a Dios en una ideología suplantando su novedad. Olvidan que a Dios no se le puede manejar, no se le puede recluir en 4 ideas y desde allí deducir todo. Quizás algo parecido como cuando queremos manejar a Dios para que haga nuestra voluntad, o presentamos la nuestra como la divina.

El que había sido ciego no se deja intimidar por los insultos y ridiculiza el argumento de los fariseos. Sus palabras son sencillas pero certeras. La curación ha transformado su vida. Ahora que ve no hay argumento que lo haga callar y dejar de anunciar la verdad que ha descubierto. Porque *"sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es religioso y hace su voluntad"*. Si escuchó a Jesús, lo que es evidente, es porque *"viene de Dios"*.

Ante esta lección los fariseos se sienten acorralados y pasan al insulto. No discuten sus argumentos porque son irrefutables. ¿Cómo se atreve este pobre ignorante, que nació lleno de pecados, a enseñarles a ellos, sabios y doctores de la ley? Lamentablemente ellos no tienen nada que aprender.

"Y lo expulsaron". Es la única forma de poner fin a la discusión con este rebelde. Los que quieren ver que se vayan lejos de la comunidad de los ciegos. Si ven son un peligro para los otros.

4. El verdadero juicio: Un discípulo... muchos pecadores

Ahora, el que era ciego, está solo, parece que lo han abandonado todos: los padres, los vecinos, los responsables religiosos, la comunidad. Parece que ya no le queda nada; todos los males le han venido después de recuperar la vista. En realidad, todo ha sido una preparación para el encuentro final. Todavía está Jesús, no está solo. Ahora que ha crecido en la fe se encuentra nuevamente con Jesús. Ahora posee una fe que ha sido probada y purificada. Jesús no se había desentendido del que había recobrado la vista. Se enteró *"que lo habían expulsado"* y fue a su encuentro. De nuevo la iniciativa es de Jesús.

"¿Crees tú en el Hijo del hombre?" "¿Y quién es, Señor, para que crea en él?" "Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es". Jesús se le revela como Mesías... "Creo, Señor". Y se arrojó a sus pies.

Jesús ha sido para él, sucesivamente, "ese hombre", "un profeta", "el que viene de Dios" y "Señor". Ha llegado al final del camino. Poco a poco, a base de aguantar firme, ha llegado a comprender que Jesús, el que le abrió los ojos, tiene mucha más luz para darle: porque es la luz misma que nunca se apaga, que vale la pena seguir, porque es la respuesta a toda oscuridad, a toda inseguridad...

Ahora el ex ciego puede ser discípulo de Jesús; tiene los ojos y el corazón distintos. Puede, como Jesús, ver la corrupción que hay en su entorno. Y además porque ha experimentado la salvación en su propia vida. Ha sido liberado, y por eso alcanza la fe. Es cierto, sólo llegamos a ella cuando experimentamos la acción de Dios de manera concreta y personal; y lo hacemos con libertad, porque el mismo Cristo nos ha liberado.

Termina el capítulo con una fuerte acusación a los dirigentes religiosos de Israel. El verdadero juicio y su sentencia se dan al final del pasaje. El pecador no es el ciego; él fue liberado y ahora ve. Los verdaderos pecadores son los que no viendo dicen que ven. En ellos el pecado permanece porque no tienen la capacidad ni la voluntad de reconocer su ceguera. Jesús no ha venido a juzgar, pero su misma presencia confronta, delata las verdaderas intenciones del corazón y obliga a definirse, a tomar una opción por Él o contra Él. Ante Jesús están las dos opciones, la del ciego y la de los fariseos. Cada uno elige abrir los ojos o mantenerlos cerrados; dejar actuar a Dios en su vida o dejarle pasar de largo.

Conclusión

El dejarnos re-crear por las manos de Dios puede ser difícil; implica romper con ciertas estructuras y costumbres que se han enquistado en nosotros. Romper con la pasividad a la que nos hemos acostumbrados; empezar a ser protagonistas de nuestra relación con Dios. Esto no exime de sufrimiento y adversidad; de momentos de silencio y soledad, en los que parece que Jesús ha desaparecido y nos ha olvidado. Sin embargo, si perseveramos, Él siempre se hace presente para dar plenitud.

Este pasaje bíblico bien puede invitarnos a dejar a Dios ser Dios, a romper con la tendencia de querer manejarlo según nuestros caprichos o conveniencias. A veces no entendemos sus caminos ni sus formas; tal vez el ciego tampoco entendió por qué Jesús ponía barro en sus ojos. Pero el barro fue el medio de su sanación – salvación. Necesitamos confiar en Él, nadie como Él sabrá lo que más nos conviene. Quizás también el barro puede traernos la luz, y nuestras carencias y pobrezas ser lugar para que se “manifiesten las obras de Dios”.



JESUCRISTO, META DEL ITINERARIO PASCUAL

ICONO DEL BUEN SAMARITANO¹

(Lc 10, 25-37)

Muchas veces a Jesucristo lo identificamos con el buen samaritano. Por lo tanto la parábola nos invita a ser como el buen samaritano. De esta manera nos configuramos a Cristo sirviendo, ayudando al prójimo. Pero este icono tiene muchos colores y varias figuras. Para terminar de ver en totalidad la figura de Cristo, como nuestra meta del camino pascual, necesariamente tenemos que mirar detenidamente para apreciar este icono en su totalidad.

1. EL FONDO DEL ICONO

En el capítulo anterior, cap. 9 del evangelio de Lucas, Jesús emprende el viaje hacia Jerusalén. Viaje que físicamente llevará a Jesús a la Ciudad Santa, y espiritualmente lo hará madurar más en su opción de Mesías y Salvador.

El fondo del icono del buen samaritano, está pintado de colores serios y a la vez con penumbras.

1.1. El maestro de la Ley

Vemos el maestro de la Ley que se levanta y, **para ponerlo a prueba a Jesús**, le pregunta: **¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?** (10, 25).

La misma pregunta, curiosamente va a aparecer por segunda vez en el cap. 18. Donde uno de los jefes, un joven rico, lo preguntará nuevamente en el camino, ya más cerca de Jerusalén: **“Maestro bueno que debo hacer para heredar la vida eterna?** [Vende todo lo que tienes y sígueme]

Aquí, en nuestro pasaje Jesús pregunta a su vez al maestro de la Ley: ¿qué dicen las Escrituras. El escriba responde con las palabras de uno de los textos más conocidos y venerados del AT, el *shemá*: “Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno.

¹ Reflexiones recogidas de la siguiente bibliografía: *Comentario Bíblico Internacional. Comentario católico y ecuménico para el siglo XXI.*, Publicado bajo la dirección de William R. Farmer y Armando J. Levoratti, Sea McEvenue, David L. Dungan, Editorial Verbo Divino, Estella 1999; *Comentario al Nuevo Testamento*, (Editt. Santiago Guijarro Oporto y Miguel Salvador García), Editoriales: Atenas, PPC, Sígueme, Verbo Divino, 1995³; Alessandro PRONZATO, *Señor, ¿a quién iremos? Comentarios a los evangelios de Juan y Lucas*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2003.

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,4-5) y añade “y con toda tu mente y a tu prójimo como a ti mismo”.

Ha contestado bien. Vemos que este hombre sabe, sabe lo que es más importante, el amor. Pero, el “saber” no basta. Sobre todo cuando es un saber que no compromete. Este tipo de saber no interesaba a Jesús. Muchos de sus encuentros, incluso con el joven rico, Él terminaba como cortando: Vende todo y sígueme; obra así y vivirás, coge tu cama y vete, vete y no peques más, etc...

El maestro de la Ley, sin embargo se muestra impaciente por cerrar el debate. Parece que le faltase el coraje de terminar teniendo pendiente un compromiso. Cerrar el debate teórico y abrir el capítulo de acción. Tiempo de obras. Seguramente también por eso sigue mantenido el debate teórico. Por eso sigue preguntando: **“¿Y quién es mi prójimo?”**

También esta pregunta es justificable. Es bien puesta, en el sentido de que para los judíos el prójimo no era la persona cualquiera. Para un judío tradicional el prójimo era solamente un hermano de pueblo, el otro israelita; los demás no eran prójimos. Pero aún dentro del sistema socio-religioso del judaísmo, ese próximo debía reunir unas condiciones especiales para poder acercarse a uno, no debía estar impuro legalmente para que no hiciera impuro a nadie.

A Jesús, sin embargo, le interesa solamente que el maestro de la Ley, intérprete bien su papel activo. “Haz eso y vivirás” “Vete y haz tú lo mismo”.

1.2. La importancia del verbo “hacer”

Lo primero es de notar que la importancia del “hacer” nos resalta del papel del escriba. Es él que pregunta. Sin embargo el verbo se le hace fastidioso. Porque el maestro de la Ley en seguida capta la indirecta de Jesús: Sabes de todo, pero hasta que no hayas aprendido a hacer, obrar, tu saber no vale para nada. En otros términos, el conocimiento no es saber, ni siquiera ver, sino actuar.

El conocimiento es inseparable de la praxis.

Alguno ha dicho “yo conozco a una persona cuando la quiero y no cuando sé todo sobre ella. Yo conozco al otro cuando empeño mi vida por el, cuando me comprometo en su favor.” El pastor conoce sus ovejas porque “da la vida por ellas”.

Podemos decir que avanzo en el conocimiento del otro en la medida en que me ocupo de él. Me dejo provocar por sus necesidades, sus exigencias. Cuando actúo a favor de él.

De la experiencia de Santa Teresa podemos recordar las palabras del Castillo interior:

“Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras” 7M 4, 6.

Pero el hacer no es toda la lección de este pasaje. No es el color que prevalece en este icono. Ni mucho menos. Justamente aquí es cuando empieza el relato de un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó.

Se trata de un camino de unos 30 kilómetros con una bajada desde unos 700 metros sobre el nivel del mar hasta unos 250 metros bajo el nivel del mar Mediterráneo. Camino pasaba por las montañas. Era estrecho y peligroso. Lleno de cuevas donde se podían esconder los ladrones.

2. LOS PERSONAJES PRINCIPALES DEL ICONO

Los personajes fueron cuidadosamente elegidos. Primero son...

2.1. El sacerdote y el levita: El predominio de formalismo a la misericordia

El sacerdote y el levita son los dos personajes que primero pasan por delante del judío apaleado y lo ignoran siguiendo su camino; a Jerusalén.

- “Bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verlo, pasó de largo.”
- “Lo mismo un levita, llegó al lugar, lo vio y pasó de largo.”

Con aquellos dos personajes Jesús implícitamente quiere advertir que no hay que seguir ni al sacerdote ni al levita que pretenden presentar la imagen de Dios invisible, en el templo, haciéndose ellos, a su vez, invisibles cuando se trata de pararse, de modificar su programa religioso.

Es inútil seguirles porque no tienen nada de decir de parte de Dios, aunque presuman de poseer una especie de exclusiva de la verdad. Es mucho mejor acudir al “hereje”, al samaritano.

Normalmente pensamos que esa actitud se debía a una falta de compasión. Una falta de estremecimiento del corazón. EL sacerdote y el levita tenían, por decir así, hormiguero en la cabeza, pero sin conexión con el corazón. No se dio en su interior esa conexión entre el cerebro y el corazón, que les empujaría a la acción.

Pero hay también otra explicación de su comportamiento y en consecuencia otra lección para nosotros, que va todavía más allá.

Es muy probable que ambos fueran rumbo a Jerusalén a officiar en el Templo, por su parte la ley establecía que quien tocara un **cadáver ensangrentado** quedaría impuro hasta la noche y obviamente alguien impuro no podía participar de los rituales religiosos.

Es por eso que el simbolismo del sacerdote y el levita no es solamente de impiedad ni de crueldad, a lo mejor ni mucho menos. Sino de anteponer formalismos rituales a la misericordia y el perdón.

La imagen de la balanza (entre) el **espíritu** y **la letra** es uno de los pilares de la enseñanza de Jesús y también del [Antiguo Testamento](#): “misericordia quiero y no sacrificios (Os: 6,6).

2.2. El agredido y el samaritano: la importancia del corazón

El hombre asaltado y golpeado es **un judío**, y mientras que quien ofrece ayuda gratuita es **un samaritano**. Entre estos dos grupos existía una intensa hostilidad racial. El autor del libro de Eclesiástico, judío Ben Sirá, el hombre culto y de mucha experiencia, y conocedor, por sus viajes, de diversos pueblos y culturas describe a los samaritanos como “el pueblo necio, estúpido” a quien “su alma detesta” (Eclo 50, 25-26). Se sabe incluso que a los judíos les estaba prohibido p.ej. decir amén al final de la oración presentada por un samaritano.

Había también opiniones contrarias entre los judíos; algunos pensaban que los samaritanos debían ser tratados como israelitas.

En ambos casos, durante la vida de Jesús, los samaritanos eran considerados “extraños”.

Y de hecho al final de la parábola el maestro de la Ley ni se atreve pronunciar el nombre del hombre que trató con misericordia al asaltado.

Más importante que los pensamientos sabios y las argumentaciones elaboradas por la mente es la sacudida de las entrañas. La razón es la del corazón. El intelectual se salva solamente cuando arriesga su corazón. Si no tiene miedo de amar. Cuando baja de la cátedra y se mancha las manos. Cuando siente todavía un estremecimiento del corazón. Porque el conocimiento de Dios pasa necesariamente por conocimiento del hombre. Dicho en otras palabras: lo que Dios nos pide –según Jesús- no es que seamos “religiosos”, sino que seamos “humanos”, viviendo la *compasión* hacia los otros.

“Un soldado, pidió al sargento permiso, para ir a buscar a su compañero que no había regresado a la base; el permiso fue denegado, sin embargo el soldado desobedeciendo fue de todos modos y al cabo de unos días, regresó con el compañero muerto; esto hizo enojar mucho a su superior... Te dije que estaba muerto y ahora tú estás herido, pero el soldado respondió: Cuando lo encontré aún estaba con vida y me dijo: *Yo sabía que vendrías por mí.*”

La lección que podemos sacar de este fragmento de la parábola es que precisamente ese “extraño”, el samaritano da pruebas de ser prójimo. El samaritano es el prójimo del maestro de la Ley. ¡Un samaritano es mi prójimo! Y yo estoy invitado a ser un samaritano.

3. OTRAS CARAS EN EL ICONO

3.1. En la cara del samaritano

La tradición ha visto en la cara del samaritano la cara de Jesús.

Sencillamente basta recordar el pasaje del lavatorio de los pies para tomar conciencia de similitudes en la postura de Jesús y el buen samaritano:

“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, ... se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. 5 Después echó agua en una jofaina y se puso a lavarles los pies a los discípulos, y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido” J 13, 1-9.

Sin duda la parábola del buen samaritano habla de Jesús mismo. No es necesario mirar mucho tiempo para reconocer de quien es la cara. Jesús es el buen samaritano, que sin conocer, sin poder esperar algo de éste despojado, se acercó a vendar sus heridas.

¿Acaso no se acercó Cristo a tu vida cuando estabas maltratado y alejado de Dios? ¿No vendó Cristo tus heridas? ¿No te puso aceite y vino? ¿Figuras del Espíritu Santo y sangre derramada? ¿No pasaste por la cabalgadura de la cruz y luego te llevó al mesón, que es figura del trono de Dios?

Jesús vino a cumplir con la ley y los profetas (sacerdotes y levitas) pero vino a superar a ambos por el camino de la misericordia y el amor, porque lo que no hicieron ellos Él lo consiguió y a través de Él, el hombre es salvo.

3.2. En la cara del agredido

En una capilla en Vaticano, decorada por el jesuita esloveno Marco Ivan Rupnik, profesor de la espiritualidad oriental, encontramos en una de las paredes dedicada a la ascensión y Pentecostés, el icono del buen samaritano. El Espíritu Santo que ha salido de Dios en el símbolo de un torbellino penetra todas las cosas en el mundo y regresa a Dios bajo forma del amor fraterno. Es la representación de la divinización del hombre.

Vemos aquí buen samaritano. Mirando detenidamente vemos que el Samaritano tiene el mismo rostro del herido. Solamente visto desde dos ángulos diversos y con un diverso peinado.

Una única aureola ilumina a ambos para que se perciba que se trata de una única persona. Cristo es el buen Samaritano que ha venido a curarnos. Pero también Cristo es el agredido, apaleado, herido que nos enseña a recibir ayuda. A dejarse curar, vendar las heridas, a dejarse tocar, dejarse atender. La dinámica del verdadero amor consiste en el

doble movimiento: dar y recibir. Nosotros podemos amar después de ser amados, curar después de haber sido curados.

“¿Sabes recibir el amor?”

... ¡es tan raro el equilibrio entre dar y recibir!...

Hay personas absolutamente incapaces de recibir el amor.

Hay otras que filtran el amor recibido, según su modo de ser, reduciendo o ampliando el afecto que recibe a través de sus lentes (existenciales) de aumento o disminución.

... Hay, también, las personas que no darán (amor) jamás, pues sólo saben recibirlo.

Y hay aquellas otras que quieren y necesitan recibirlo, pero no sabe qué hacer cuando (y cuanto) lo reciben.

...

¿Qué valdrá un amor mayor que el mundo, si el modo de recibirlo es pequeño?

... Saber recibirlo, aunque parezca pasivo, pero es activo.

Saber recibir es tan amar cuanto dar amor.

Recibir amor es tan difícil cuanto amar!

Es que amar [a veces] desobliga, y recibir amor parece que prende las personas, las aprisiona, cuando debería ser exactamente lo contrario, pues saber recibir es tan grandioso y difícil cuanto saber darlo”²

Para entender mejor el icono de la experiencia plena del amor volvemos a nuestro pasaje del lavatorio de los pies del evangelista Juan:

“Antes de la fiesta de Pascua, ... como Jesús había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.... 6 Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies? 7 Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. 8 Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás nada que ver conmigo. 9 Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza.” J 13, 1-9.

Podemos también recordar la experiencia de nuestra Santa Teresa. En su autobiografía recuerda que la experiencia del recibir fue prácticamente el detonando en su proceso de la conversión:

² <http://marian41.wordpress.com/2007/11/16/sabes-recibir-amor/>

“¡Oh Señor de mi alma! ¡Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicisteis! ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponíais con un grandísimo arrepentimiento para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad, tomabais, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser más penoso. Con regalos grandes castigabais mis delitos.” V 7, 19.

Por mucho tiempo Teresa de Jesús se niega a recibir, sintiéndose culpable y en realidad indigna de lo que se le ofrece. Pero después de una confesión se deja invadir por el Señor, totalmente. Ya no se defiende, ya le confía plenamente. Empieza la relación profunda.

“Estuve así casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios.... Gané de este resistir gustos y regalos de Dios, enseñarme Su Majestad. Porque antes me parecía que para darme regalos en la oración era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir. Después vi lo poco que hacía al caso; porque cuando más procuraba divertirme [distraerme] (4), más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que me parecía toda me rodeaba y **que por ninguna parte podía huir**, y así era. Yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mayor a hacerme mercedes y a señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese no era más en mi mano (5). Comencé a tomar de nuevo amor a la sacratísima Humanidad. Comenzóse a asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento...” V 24, 1-2.

Conclusión

En el icono del buen samaritano se nos presenta a Jesús-Amor. Amor que en el fondo, pasando por medio de los personajes principales y hasta en lo que se pueda intuir en lo más allá de una imagen, siempre está presente. Es un Amor que invita, empuja a actuar.

Es un Amor que estremece el corazón. Que es más fuerte que puros razonamientos y no se dobla delante de las exigencias de la ley.

Y por fin es un amor que pasa más allá de nuestra realidad.

Jesucristo reflejado en la totalidad del Amor en ese icono, se vuelve para nosotros la meta, la plenitud del nuestro camino.

JESUCRISTO, META DEL ITINERARIO PASCUAL

ICONO DEL BUEN SAMARITANO



JESUCRISTO, META DEL ITINERARIO PASCUAL

ICONO DEL BUEN SAMARITANO

1. EL FONDO DEL ICONO

- 1.1. El maestro de la Ley
- 1.2. La importancia del verbo “hacer”

2. LOS PERSONAJES PRINCIPALES

- 2.1. El sacerdote y el levita: El predominio de formalismo a la misericordia
- 2.2. El agredido y el samaritano: la importancia del corazón

3. OTRAS CARAS

- 3.1. En la cara del samaritano
- 3.2. En al cara del agredido

